

Russell P. Sebold. *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochescas*. 2.^a ed., Barcelona, Anthropos, 1989, 350 pp.

Al correr de los años, R. P. Sebold ha inventado un nuevo género literario que, a falta de otro término más adecuado, podría llamarse la «autobibliografía». Cada artículo o libro lleva incrustada en él una serie de referencias (con capítulo y página, naturalmente) a su obra escrita desde 1958, referencias cuidadosamente elegidas para demostrar tanto la evolución como la coherencia de su pensamiento.

La introducción a la nueva edición de *El rapto de la mente* es un perfecto ejemplo del género. Provocada, al parecer, por una frase escrita por cierto «autor de una breve reseña de mi libro *Descubrimiento y fronteras del neoclasicismo español*», Sebold desarrolla una visión panorámica de su obra que es al mismo tiempo una magistral condensación de corrientes críticas sobre la literatura dieciochesca en los últimos treinta años. No se repite: «No es lo mismo la unidad que la repetición» (9). La introducción nos hace recordar, indirectamente, que la gran mayoría de las «verdades» críticas que hoy en día aceptamos las aprendimos de sus publicaciones, y nos muestra, una vez más, cuán relacionados están ciertos elementos del clasicismo, el neoclasicismo y el romanticismo.

Los trabajos de Sebold revelan no sólo una profunda erudición sino una envidiable coherencia, y parece ejemplificar la sentencia de Pope: «A perfect judge will read each work of wit / With the same spirit that its author writ.» El respetado crítico norteamericano lucha contra lo que él ve como «falsa crítica basada en los prejuicios personales de los seudo críticos y en nociones literarias externas a la estética de la época» (299), una queja algo menos necesaria en 1990 que hace treinta años, pero solamente debido, quizá, a la constante cruzada crítica del mencionado autor.

Da gusto tener *El rapto de la mente* en letra de molde una vez más, en una versión puesta al día y aumentada. La primera edición (Madrid, 1970) se agotó rápidamente, y llegó a ser difícil de encontrar aunque muchos artículos contenidos en ella se han establecido como referencias básicas para estudiantes de la literatura dieciochesca (cuyo número aumenta continuamente). La edición reseñada aquí contiene trece estudios más un apéndice que publica la primera de las *Cartas de Ibrahim*, atribuida a Meléndez

Valdés (en 1981 Philip Deacon publicó una segunda *Carta*, cuya atribución a Meléndez ha sido cuestionada recientemente por René Andioc, «Ibrahim, Fátima y el Diablo Cojuelo», *Simbolae Misanae. Studi in honore di Guido Mancini*, Pisa, Gaedini, 1989, págs. 37-56). También contiene el prólogo de la edición de 1970 (un estudio muy interesante sobre el uso y la comprensión de las reglas neoclásicas) y la nueva, larga (sesenta páginas) autobibliografía titulada «Unidad y música».

Sebold insiste en los autores que para él revelan las verdaderas raíces del neoclasicismo español —Horacio, Garcilaso y Locke, sobre todo—: «El neoclasicismo español era en su inconfundible realidad híbrida, como dos veces renovador, del clasicismo nacional a la par que del clasicismo de la antigüedad» (10). Explica con sutileza el cambio que ha afectado la palabra «prosaico» en la crítica moderna, demostrando como fue un valor positivo en la Europa del siglo XVIII para escritores como Boileau, Goldsmith, Quintana e Iriarte, y no el valor negativo que parece ser hoy en día. Asimismo ha demostrado brillantemente como la palabra «imitación», tan frecuentemente empleada en el setecientos (y tan frecuentemente mal comprendida por críticos modernos), llevaba consigo connotaciones de «emulación» y no de copia servil. En el presente libro analiza detalladamente la «poética y poesía» de Luzán, Sarmiento, Forner, Interián de Ayala, Álvarez de Toledo, Iriarte, Iglesias de la Casa, Quintana, García de la Huerta y Moratín hijo, así como los juicios críticos sobre el siglo XVIII emitidos por Alcalá Galiano y Menéndez Pelayo.

El rapto de la mente recoge otro punto en el que Sebold ha insistido, es decir, que «dentro de la orientación hispánica natural en todo movimiento literario español, el neoclasicismo fue profunda y característicamente cosmopolita (no afrancesado) en su manera de aprovechar los modelos e inspiraciones extranjeros» (185), algo demostrado aquí con numerosos datos y análisis, no sólo declaraciones. Uno de los mejores ejemplos es su artículo sobre las fuentes de la *Poética* de Luzán, pero lo mismo puede decirse de artículos ya clásicos como «Contra los mitos antineoclásicos españoles», «Sobre el nombre español del dolor romántico» o «Tomás de Iriarte, poeta de "rapto racional"».

Estos artículos —todo el libro— tan fundamentales para nuestra comprensión del neoclasicismo español, deben ser lectura

obligatoria para todos los estudiantes y profesores de la literatura española moderna. *Utile dulci*.

University of Virginia

DAVID T. GIES

Julio Caro Baroja. *Palabra, sombra equívoca*. Barcelona, Tusquets, 1989, 168 pp.

Julio Caro Baroja se enfrenta, una vez más, contra «la especulación unilateral» y el juicio precipitado. El libro consiste en seis breves ensayos sobre la *libertad*, el *pesimismo*, la *Historia como re-presentación*, el *misonéismo* (horror a lo nuevo), la dialéctica *dogmatismo-relativismo* y la *tradición*.

Es éste un excelente ejemplo del talante ilustrado de Caro, de su rigor de análisis y su preocupación por des-velar los conceptos desde su raíz. Precisamente por ser el polígrafo vasco un clásico en el sentido auténtico y originario de la palabra, es decir, un hombre siempre actual, se acerca a la sensibilidad más contemporánea (algunos dirían «deconstructiva») en los análisis genealógicos de los seis temas que trata.

En los seis ensayos parte Caro de la etimología de la palabra («sombra equívoca») y continúa con un análisis histórico de sus acepciones para terminar con una breve —quizá demasiado breve— propuesta personal con carácter de meditación que desemboca en la duda.

Estamos, pues, contra aquellos que «consideran cosas tales como *el hombre* en abstracto», sin atender al carácter circunstancial de los conceptos, las palabras y las ideas. Tras exponer las siete acepciones de la palabra libertad del viejo diccionario español «de autoridades», se concluye que la idea de *libertad* es un producto histórico del hombre-social y que el libre albedrío es un resultado de la dialéctica hombre-Dios y hombre-Naturaleza. Así, la complejidad semántica del término *libertad* corresponde a su pluralidad de dimensiones: libertad nacional, libertad política, libertad de conciencia... En este aparente laberinto de acepciones cayó Lutero, que en nombre de la libertad de conciencia se enfrentó a la Iglesia Católica sosteniendo —ironías de la reforma— que el libre albedrío no existe.